

# Sagaz e Impredecible

Sofia Lustig

**SAGAZ E IMPREDECIBLE**



# Capítulo 1

## Sagaz e Impredecible

Afuera diluviaba. Doce días de lluvia consecutivos. Cerré la cortina de la ventana, porque me fastidiaba verla. También me molestaba el ruido de las agujas del reloj de pared, los pasos de la asistente que marchaba por el pasillo, el psicólogo cada vez que se aclaraba la garganta. Pero lo más exasperante era escuchar la respiración de Joaquín. ¿Por qué tenía que hacerlo tan fuerte? Estaba nerviosa y no me salían las palabras. Seguramente el psicólogo pensaba que no hablaba por timidez, pero no lo hacía porque estaba enfurecida con mi marido. ¿Cómo era posible que el matrimonio se sintiera así? Hacía casi dos semanas que lo odiaba sin motivo ¿Esto era normal? Solamente llevamos tres meses de casados, y por eso me apresuré a venir a terapia. Fuera cual fuera el problema, teníamos que solucionarlo, aunque fuese tan solo por orgullo. ¿Tal vez si hubiésemos vivido juntos antes de casarnos, todo esto se hubiese podido prevenir? ¿Cómo hacían las otras parejas para estar juntos por tantos años? Extrañaba estar sola. Comer encorbada leyendo libro, pasarme una hora encremandome el cuerpo mientras miraba televisión, que nadie me rompiera las pelotas.

Joaquín y el psicólogo hablaban del clima con liviandad. No me gusta como es que los hombres siempre se toman todo a la ligera, ni tampoco cuando a las mujeres nos tildan de locas. El psicólogo me miró con ojos bondadosos. También se lo hizo a él, y eso me hizo sentir traicionada. Finalmente tomó un sorbo de agua y se aclaró la garganta por última vez. ¡Por fin! Era un hombre simpático. Le miré las manos. Las usaba mucho al hablar; eran grandes y las movía con gracia, y eso me gustaba. Las manos de Joaquín, en cambio, eran toscas. ¿Elegí a la persona equivocada? ¿Cuándo es prudente empezar a preguntarse eso?

El psicólogo me hizo una pregunta, pero no la contesté por estar sumida en mis pensamientos. De pronto el estruendo de un trueno nos tomó por sorpresa. Mi ira por Joaquín era sagaz e impredecible, como ese trueno. Lo miré a mi marido y, sin pensarlo dos veces, me le acerqué y le tapé la nariz con los dedos. Su respiración me exasperaba.

«¿Qué haces? ¿Estás loca?» me dijo, deshaciéndose de mi de un manotazo. «El problema es ella. Tenemos una buena convivencia, pero de un momento a otro hace cosas como esta. ¡Sin explicación!» le dijo al

doctor.

Me olí la mano...

«No. Es tu olor.» Le dije a Joaquín.

Los dos me miraron desconcertados. Para mi ahora todo tenía sentido.

«Es eso. Ya no me gusta como huele» le expliqué al profesional, y él me miró como quien se queda sin palabras. «A veces, cuando le doy un beso, me tengo que aguantar la respiración» continué.

El psicólogo se rió como si le hubiese contado un chiste. Joaquín también carcajeó. Yo sonreí para no desentonar, pero mi alegato era serio.

Joaquín olía diferente. Como los cajones viejos en casa de mis abuelos: Una mezcla entre hedor a encierro y a humedad... Tal vez no hacían tan mal en hablar del clima. Tal vez el problema era la lluvia.

## Capítulo 2

La gente siempre esperó mucho de mi por ser muy alto. Suena loco, pero es real. Como si mi metro noventa y dos me hiciera más maduro o responsable.

Ser el más alto de la clase consiguió que -en octavo grado- me hablaran las chicas de secundaria, aún cuando todavía no me había cambiado la voz. Cuando cumplí catorce, todos me insistieron en que me probara para el equipo de basket. «No podés desaprovechar tu altura, Joaquín», me dijo mi amigo, con algo de envidia, desde su metro sesenta y tres. Después de mostrar un desempeño pobre en la cancha, les dije a todos que tenía escoliosis. Era mentira, pero funcionó para que me dejaran de insistir. El deporte nunca fue lo mio.

Cuando conocí a Carla, lo primero que me dijo fue «siempre quise salir con un hombre muy alto.» En ese momento supe que la tenía para mí. Carla era preciosa, y tenía un gran sentido del humor, dos cosas fundamentales para mi. Empezamos a salir rápido, y ella desde el principio insistió mucho en que nos fuéramos a vivir juntos. Yo le dije que quería que nos casáramos primero. ¿Por que? Por miedoso. Temía que cuando supiera mis secretos, me dejara. Se daría cuenta de que soy desordenado y bastante sucio, y que cuando nadie me ve, me siento encorvado y enredo las piernas como un pretzel. Hay días en los que solo como pan con manteca porque no me gusta cocinar y, además, no me lavo los dientes a la mañana; solo lo hago a la noche, y si tengo ganas. Los días que ella dormía en casa yo pedía comida, apilaba la ropa sucia en el closet, e iba al baño y prendía el lavabo "haciendo de cuenta" de que me lavaba los dientes, cuando en realidad perdía el tiempo con mi celular.

Ahora que nos casamos y vivimos juntos, la sorpresa fue también para mi. Antes de ayer pasé por la cocina y encontré dos huevos saltando dentro de una olla, sin una gota de agua. Carla se había olvidado de que estaba haciendo huevo duro. Ayer dejó el agua de la ducha corriendo y se fue a mirar una película. Siempre deja todo por la mitad. Y yo pensaba que YO era el que tenía déficit de atención...

Ahora, de pronto, dice que quiere que tengamos un hijo. Yo se que es porque sus amigas Martina y Magalí acaban de quedar embarazadas. Carla siempre quiso pertenecer. A mi, por el contrario, que todos estén haciendo algo me hace querer hacer exactamente lo contrario. «Mira que si quedas embarazada, no podes dejarlo por la mitad. Vas a tener que aguantar los nueve meses hasta que termine la cocción», le dije en tono de chiste, aunque también un poco preocupado. Ella no se rió.

A veces Carla pasa mucho tiempo en silencio, como ahora, que está como "ida", y yo siento que es porque espera algo de mí. Se que quiere que la ayude y que la "haga feliz".

El psicólogo claramente tomó el lado de ella. Estoy solo contra los dos, y aunque los doblo en altura, me siento intimidado.